

El ejercicio de la docencia universitaria

El apreciado lector tiene ante sí el duodécimo número que saca a la luz la *Revista Historia Autónoma*. Como muestra del dinamismo de la investigación histórica actual, ofrecemos un conjunto diverso de textos que exploran el pasado en alguna de sus múltiples facetas. Se podrá comprobar fácilmente, tras leer el índice, que las siguientes páginas amalgaman numerosos periodos, territorios e incluso enfoques metodológicos. Sin embargo, todas las contribuciones que constituyen este número comparten el afán por interpretar los tiempos pretéritos y fundamentar esta tarea tanto en el rigor analítico como en la vocación interdisciplinar, metas que perseguimos desde la propia revista.

La selección de contenidos está encabezada por una serie de artículos de investigación. Algunos de ellos van a situar al lector en geografías tan dispares como los imperios romano y otomano, Portugal o el norte de África. Otros, en cambio, realizarán aproximaciones al pasado desde el registro arqueológico, las fuentes literarias, la correspondencia privada o la prensa de época. Contamos además con ejemplos del uso de novedosas metodologías, como pueden ser la historia militar, la historia de la corrupción o la historia del deporte. Por último, hay textos que abren debates de enorme calado en el momento presente en torno a problemáticas como la concepción de la lucha armada por parte del movimiento obrero, los procesos de transición hacia la democracia en España y Grecia o las disputas alrededor de la memoria de las víctimas de pasados traumáticos.

En otro orden de cosas, merece especial mención el artículo firmado por Carlos Fuertes Muñoz, el cual se integra dentro de la sección Investigador invitado. Agradecemos al autor su colaboración, que reúne varias de las características apuntadas en el apartado anterior: aborda un área de conocimiento poco frecuentada por historiadores (la didáctica de la historia), utiliza materiales insuficientemente explotados (los libros de texto) y profundiza en un tema de enorme relevancia (la presencia social de la dictadura franquista). Todas estas razones lo convierten en un texto de sumo interés para la comunidad historiográfica.

Cierran el número varias reseñas de novedades bibliográficas y algunas crónicas de congresos científicos celebrados recientemente. Para finalizar, publicamos una entrevista con el arqueólogo Manuel Fernández-Götz. En ella se recogen sugerentes reflexiones sobre la situación de la disciplina, del panorama investigador o de sus áreas de estudio. Igualmente, queremos agradecer su amabilidad por mantener este atractivo diálogo con nosotros.

Durante los últimos meses ha surgido una enorme polémica en torno al profesorado universitario. Los aspectos más sensibles de este problema son varios: la irrupción en las aulas de los investigadores post-doctorales, las condiciones del profesorado no permanente, las posibilidades de “ascender” dentro de la carrera docente y la siempre difícil combinación entre enseñanza e investigación. Estos asuntos no son nuevos, puesto

que vienen de lejos las críticas hacia los sistemas de acreditación, la adquisición de méritos o la precariedad laboral de los escalafones más bajos.

A finales del año pasado, el Gobierno reformó los criterios para que los investigadores se convirtiesen en profesores titulares y catedráticos. En líneas generales, se aumentó la exigencia con criterios más estrictos y la cuantificación de méritos complementarios. Ello se traduce en mayores complicaciones para quienes tienen una elevada carga lectiva, dado que se les pide una gran producción científica (en forma de monografías, artículos en revistas científicas y capítulos en obras colectivas) y, al mismo tiempo, participar en proyectos de investigación o asumir responsabilidades académicas.

En paralelo, se ha visibilizado el papel de los profesores asociados. Se trata del personal contratado a tiempo parcial que compagina la docencia universitaria con otra actividad profesional. En ocasiones, sobre este colectivo recae buena parte de la carga docente de algunos departamentos. Sus problemas se agrandan al percibir un salario bastante reducido, que guarda poca proporción a la exigencia de la enseñanza en una universidad.

Ambas cuestiones reflejan muy bien la difícil tesitura por la que atraviesa el profesorado de la educación superior. Las reivindicaciones de este grupo han llegado a las páginas de los periódicos. Posiblemente, el mejor ejemplo sea la huelga de profesores asociados de la Universidad de Valencia, que amenaza con extenderse a otros campus y facultades. Aun así, por el momento sus protestas no se han materializado en cambios dentro de su situación.

Este no es espacio para extendernos más en la exposición de los síntomas y reproducir unas quejas que se pueden encontrar con facilidad en otros medios. Estamos convencidos, además, de que unos cuantos de quienes lean esto han experimentado en primera persona algunos de los problemas señalados con anterioridad (o quizá todos). En su lugar, consideramos pertinente diagnosticarlos y poner de manifiesto las principales vías de mejora, en aras de combatir esta afección.

Para empezar, los poderes públicos deben garantizar que el profesorado universitario pueda simultanear la docencia con la investigación. Dar clases en la enseñanza superior exige mucho, porque se imparten contenidos con un alto nivel de profundización. La preparación de esas sesiones lleva un tiempo que difícilmente se puede compatibilizar con la presencia en una cifra elevada de reuniones científicas al año y la producción de una ingente obra académica. Incluso, en ocasiones se le debe restar tiempo a las ocupaciones personales o familiares para afrontar el día a día en las facultades. Todo ello obliga a que las autoridades hagan un cálculo exacto de la dedicación de cada individuo y habiliten los recursos humanos necesarios para que los profesores de universidad no se colapsen con su quehacer cotidiano.

Otro vector que debe cuidarse es el relevo generacional. Los requisitos vigentes hoy en día dificultan la entrada de los jóvenes investigadores en la carrera docente. Ellos se ven obligados a afrontar una titánica labor de adquisición de méritos para poder llegar a las aulas y, posteriormente, conseguir una plaza fija. La reducida cantidad de becas postdoctorales que se ofrecen o el inestable rol de aquellos profesores que llegan por primera vez a las universidades complican su permanencia, a largo plazo, en los centros docentes.

Si se avanza en estas dos direcciones la docencia universitaria representará una alternativa de futuro para muchos jóvenes. El mundo de la investigación académica, prácticamente desconocido entre los estudiantes de enseñanza secundaria, podrá ser una opción laboral para ellos. De esta manera se evitará también la conocida como “fuga de cerebros”, la migración al extranjero de investigadores que no encuentran el modo de desempeñar su labor en nuestro país, a pesar de los elevados recursos públicos invertidos en su formación. Por lo tanto, hay que habilitar los mecanismos idóneos para conservar a los investigadores más destacados y permitirles que puedan trabajar en condiciones óptimas en el lugar en la cual han nacido.

Asimismo, ha de procurarse que la sociedad entera comprenda las ventajas que reporta contar con un profesorado universitario de calidad. Los beneficios logrados nos afectan a todos, independientemente de que se tenga un título o no. Para ello, las reclamaciones de quienes imparten docencia en la educación superior no tienen que quedar aisladas en los campus. Sería bueno que se conectasen con otras demandas en boga y aúnen esfuerzos entre sí. Así, sería más fácil implicarnos en aquellos escenarios, como las universidades, donde hay cosas que cambiar.

Bajo nuestro punto de vista, el ejercicio de la docencia universitaria progresará bastante si acaban por materializarse las diferentes vías de mejora que hemos enunciado. Se dignificará esta actividad, imprescindible para el progreso social y para el fomento de la actividad científica, y se abandonará la disyuntiva entre impartir clases o dedicarse a la investigación. Contar con unos profesores e investigadores de calidad redundará, en último término, en beneficio para todos nosotros.

Marcos Marina Carranza

Director de la *Revista Historia Autónoma*